

PiNOCHO

AÑO. IV
NUM. 169

25 cts

13 MAYO
1928



- BUENO, PINOCHO, YO HE SUBIDO EN GLOBO PARA VER SI ENCONTRAMOS ALGO QUE COMER
- ¡PERO, ESTAS LOCOMORRONGUIE? ¡AQUÍ NO HAY NADA QUE COMER!
- ¡NO PUEDE SER! ¡SI YO HE OIDO DECIR QUE LOS COMESTIBLES ESTAN POR LAS NUBES!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: 5, SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación)

El barco inglés había sido ocupado en seguida por una tripulación escogida entre los marineros de los tres cruceros que el comodoro, con un hermoso gesto de cortesía, había puesto a las órdenes de Wilson, dando a éste, implícitamente, una parte del mando que había perdido.

El valiente almirante, pasando revista a su nueva y provisional tripulación, fué saludado por clamorosos hurras, a la cual siguió el canto del himno nacional norteamericano en todos los barcos.

Lo intenso de la emoción le ahogaba, y cuando pudo articular algunas palabras lanzó dos gritos:

—¡Vivan los Estados Unidos! ¡Viva Inglaterra!

Del vientre del torpedero contestaron unas cuantas voces con la exactitud de un eco:

—¡Viva Inglaterra!

Un profundo estupor difundióse en seguida sobre todos los rostros, y se hizo un silencio profundo.

¿Quién podía lanzar, en aquel sitio, aquel grito en aquel momento? ¡Maud Campbell... quizá!...

Wilson, a la cabeza de unos cuantos marineros y ayudado de Cipriano, del señor Touchet y de Chicottry, empezaron a recorrer de cabo a rabo todo el barco.

En el fondo de la bodega fueron encontrados tres hombres.

—¡Vosotros... aquí! —gritó terriblemente el almirante, reconociendo en los desdichados al oficial maquinista y a los dos marineros que estaban de guardia en la fatal noche del 28 de mayo.

Al encontrarse en la presencia de su antiguo almirante, los tres infelices cayeron de rodillas, estupefactos y llorosos.

—¿Vosotros?... ¡Ah, miserables —repitió Wilson.

Y dominado por un impulso de ira hizo ademán de echarse sobre ellos; Chicottry y Cipriano le detuvieron a tiempo.

Entonces el oficial maquinista saltó en pie, y plantándose delante de él, en actitud firme le dijo:

Almirante, usted nos cree culpables, pero yo le juro por lo más sagrado que se equivoca. Nosotros somos unos desdichados; desde la noche en que nos sorprendieron en Nueva Caledonia y nos obligaron a prestarles nuestro servicio, la vida ha sido un infierno para nosotros. Mantenidos siempre bajo la amenaza de las más terribles torturas y de la muerte más cruel si no obedecíamos, nos vimos obligados a cumplir la voluntad de aquél que nos tenía en su poder, y no lo hicimos por cobardía, se lo juro, sino porque nos sostenía la esperanza de poder guiar el barco a algún puerto donde fuese posible hacerlo capturar. Almirante, en prueba de la verdad de lo que afirmo, le ruego que recuerde las dos cosas siguientes:

—¿Cuáles? —preguntó Wilson tembloroso y medio convencido por la valiente sinceridad del oficial.

—La primera es la siguiente: ¿La noche en que el torpedero huyó de la isla de los Salvajes, no vió cómo salían de la chimenea numerosas chispas?

—Sí, sí.

Pues bien, fui yo que las provoqué para señalar nuestra presencia.

—¡Dios mío!

—Se lo juro, por mi honor.

—¿Y la otra?

—Es la presencia nuestra aquí, en estas condiciones. Collap fué quien nos mandó atar y echar en la bodega, después de hacernos saber que saltaríamos con el torpedero.

—¡Oh, infame!

—Mi almirante, ¿si alguno de nosotros hubiese sido cómplice de aquellos miserables, no estaría con ellos en vez de estar aquí?

Wilson quedóse pensativo, después se pasó la mano por los ojos; le parecía estar soñando.

Pero de pronto abrió los brazos, gritando:

—Aquí, hijos míos, aquí los tres, sobre mi pecho; que sienta vuestro corazón palpar junto al mío, y perdonadme que haya dudado de vosotros...

Los tres hombres se precipitaron hacia su jefe y se dejaron estrechar por aquellos brazos honrados y besar, paternalmente, en la frente.

Útil decir que la emoción era general, y no sé cuánto habría durado, si de pronto una voz potente no hubiese gritado desde la orilla inmediata:

Almirante, señor Touchet, teniente, señor Chicottry, venid: Rodolfo de Barenval ha marchado hace unas cuantas horas persiguiendo a mis Campbell que se había escapado. Yo marcho detrás de ellos...

El hombre que profería esas palabras era Sudharah, rodeado de numerosos jinetes armados de punta en blanco, llevando al lado a un oficial norteamericano y al señor Shaw, que parecía altamente satisfecho de encontrarse en medio de tantas y tan vertiginosas aventuras.

VI

Dos pobres mujeres.—Barenval y Maud. *Inesperado cambio de escena.*—¡Viva Sudharah!—*La piedad de Maud.* *Dos hombres contra un ejército.*—*Muerte de Maurical.*—*¿Prisionero?... ¡jamás!*—El abismo del rajá.

La fuga de Maud Campbell y de su madre no tenía nada de milagroso.

Rodolfo de Barenval, como todos los delincentes que tienen un fondo secreto de nobleza en el alma, era todo un caballero con el sexo débil. Tratándose además de Maud, no queriendo ser para ella un carcelero odioso y cruel, ordenó que se las dejase en relativa libertad a las dos mujeres, destinándoles una especie de guardia que, bajo el pretexto de servirles de guía y de protección, no debía perderlas de vista.

Con esto esperaba conseguir el resultado que no había podido lograr jamás empleando la violencia.

Pues obrando así, demostraba que no quería abusar de su fuerza y hacia alarde de cierta magnanimidad; además daba acasión a que miss Campbell pudiese comprobar cuán grande era su poder, cuán respetado era y cuán rodeado de honores se encontraba, y esto, sumado a la gratitud que la

joven debía tenerle por haberle devuelto su madre, tenía, lógicamente, que producir en su corazón alguna influencia favorable hacia él.

¡Ay, cuán engañosas resultan las previsiones de los hombres!

Maud Campbell y su madre lo habían arrostrado todo para escapar a caballo hacia una tierra misteriosa y desconocida.

¿De qué modo había podido efectuarse la fuga?

¿Era exacta la explicación dada por Maurical al nuevo soberano de Tomini, Rodolfo de Barenval?

Como ya hemos dicho, el torpedero, con sus líneas elegantes, sus armas brillantes y resplandecientes bajo los rayos del sol, había despertado la curiosidad y la admiración de todos los habitantes de Tomini.

Los *arungs* del interior, llegados a rendir homenaje al nuevo príncipe, habíanse sentido principalmente atraídos por aquel barco, que tenía el aspecto tan diferente de las naves malayas, anchas y pesadas, y habían marchado al puerto a caballo, como en peregrinación, acompañados de sus siervos, y a pesar del refunfuñar y blasfemar de Collap habían invadido el torpedero.

En breve fué todo aquello un vocear, gesticular y pedir mil explicaciones y pormenores en dialectos incomprensibles, que Collap y sus marineros, no conociendo ni una sola palabra del lenguaje del país, contestaban con señas o con burlas, en francés o en inglés.

Maud Campbell, a quien las angustias experimentadas no habían debilitado la fibra viril ni su firmeza de ánimo, vió con secreto placer aquella confusión que hacía perder la cabeza a sus guardianes, y tomando rápidamente una resolución, cogió a su madre aparte y le murmuró al oído:

—Mamá, esta es la gran ocasión para escapar.

—¿Qué quieres decir, hija mía? —preguntó la señora Touchet, estremeciéndose y mirando fijamente a su hija.

—Quiero decir que si no nos ponemos en salvo hoy estamos perdidas para siempre.

—¿Pero cómo hacerlo?

—Escúchame: nuestros carceleros nos dejan ahora en completa libertad porque han de atender a todos los malayos que han invadido el barco.

—Prosigue.

—Nos mezclamos entre la gente, nos acercamos a la banda que mira a tierra y nos metemos en una de las chalupas o piraguas que están junto al barco.

—¿Y después?

—Una vez embarcadas, yo me echo en el fondo de la bodega para que no me vean y tú coges los remos y alejas la embarcación. No habrá nadie que a unos cuantos pasos de distancia no te tome por una indígena. ¡Tanto te han cambiado, madre mía, los años transcurridos en la isla de los Salvajes y el pobre vestido que llevas!...

La señorita Campbell pronunció estas palabras con tanta ternura, que su madre la apretó contra su seno, besándola con amoroso transporte.

—¡Hija de mi alma! —exclamó la señora Touchet— ¿Admitiendo que podamos llegar a tierra, qué haremos las dos solas, pobres mujeres sin fuerza, en un país desconocido y, lo que es peor, enemigo?

—Moriremos —contestó Maud con fiera indomable—. Es preferible morir después de haber intentado todo lo posible para salvarnos, que vivir y consumirnos de espanto y de angustia entre gente sin Dios y sin corazón.

La señora Touchet, dominada por tanta energía, besó a su hija en la frente y le dijo:

—Tienes razón, haz lo que gustes, yo te seguiré siempre...

El plan de fuga ideado por Maud era, como se ve, sencillísimo y en esto consistía precisamente todo su valor.

Porque si había un medio de evasión en quien nadie pensaba, era seguramente aquél, que tenía que parecer absurdo al sólo pensarlo.

Por esto es que tuvo un éxito completo.

Las dos mujeres pudieron embarcarse en una piragua, llegar a tierra, acercarse a dos entre los numerosos caballos que esperaban a sus amos en la playa, casi abandonados; montar en ellos con aquella habilidad de amazonas que poseen todas las inglesas y tomar al azar uno cualquiera de los caminos que se alejaban de la ciudad.

El pensamiento principal que preocupaba a la señorita Campbell y a su madre era el siguiente: poner entre ellos y sus enemigos la mayor distancia posible.

¡En marcha de un desenfadado galope hacia el interior! ¡A la ventura!

¿Pero adónde se dirigían las infelices?

Solas, sin armas, sin medios, privadas de todo conocimiento de la lengua indígena y del país, la resolución de Maud no podía tener más que un fin fatal.

En efecto: después de unas cuantas horas de carrera desesperada, tuvieron que advertir que habían elegido un remedio peor que la enfermedad.

Destrozadas por la fatiga, perdidas e incapaces para orientarse, viéronse obligadas a detenerse en un lugar desolado, asaltadas por el miedo y todas temblorosas.

Echáronse una en brazos de la otra, y así apretadas, confundiendo las lágrimas y las plegarias, pidieron a Dios que las dejase morir.

La isla de Celebes tiene, en general, un suelo fértil en donde abundan y crecen espontáneamente las plantas de las más fecundas regiones tropicales.

Junto a alturas volcánicas, se disfruta de la vista de hermosos robles, en donde las palmeras, los árboles del pan, la caña de azúcar, el sagu, el ébano, el sándalo y otras plantas reinas soberanas; vastas llanuras se extienden interrumpidas por frondosos bosques donde gritan los monos, cantan miles de pájaros diversos, rugen los búfalos y los ciervos o silban las terribles serpientes venenosas.

¡Pero allí donde se habían abandonado a su pena las dos tristes mujeres, cuán diversa y lúgubre desolación!

Encontrábanse al pie de un volcán apagado, bajo el cual se extendía una llanura desierta y muda, limitada por tres partes por una cadena de pequeñas colinas, que se unían a la montaña más grande por una serie de desiguales alturas.

A unos cincuenta metros de ellas, el terreno subía por los flancos del volcán, interrumpiéndose bruscamente en una enorme hendidura oscura, sin fondo, producida por algún terremoto.

Las dos cabalgaduras, abandonadas en aquel desierto, corrían libremente de un lado a otro, en busca de un poco de hierba o de un charco de agua, pero no encontrando nada volvieron junto a las dos mujeres, con la cabeza baja, con las patas sacudidas por un temblor convulsivo.

Las pobres bestias volvían a todas partes la cabeza, animada por unos ojos inteligentes y casi humanos, relinchaban con un sonido que parecía un lamento y olfateaban el aire seco y saturado de polvo.

Una de ellas alejóse unos cuantos pasos y, de pronto, cayó al suelo, quedando tendida con las mandíbulas abiertas, la lengua toda fuera y la respiración jadeante.

Maud dejó escapar un ligero grito de piedad y ocultó el rostro, encarnado y lloroso, en el seno de su madre.

—Mamá, mamá —lloraba la infeliz muchacha, rodeando con sus brazos el cuello de la señora Touchet—. Perdóname... He sido yo que te he inducido la fuga; yo que te he arrastrado hasta aquí... no me podía imaginar... que la suerte no nos hubiese socorrido a nosotras, infelices mujeres.

—Era mejor haberse quedado allí...

—No, no, Maud, cálmate; tú deliras —respondió la señora Touchet, acariciando a su hija que parecía más angustiada por su madre que por ella misma—. Estate tranquila, hija mía; quizá Dios nos ha querido someter a una última prueba.

(Continuará en el próximo número.)



Copyright, 1918, by Hearst Corporation. Great Britain Rights Reserved. Registered U. S. Patent Office.

DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO



¿ES EL HOTEL PEREZ?
¡ESTÁ MIRAGUANO AL
TELÉFONO! ¡OYE, ALIR-
TE A VERANEARSE OLI-
VIDO ENTREGARME LA
LLAVE DE LA CAJA DE
CAUDALES, TOMA EL PRIMER
TREN Y TRAEMELA!



VOY A ALIGE-
RAR PARA TO-
MAR EL PRIMER
TREN; ¿QUÉ IRA
A HACER AHÍ,
ESE MORENO?



¡ROBANDO GALLINAS!
¡O ME LAS DA USTED
PARA REPONERLAS, O
LE MANDO DETENER!

¡TÉNGALAS
USTED Y NO
ME DENUN-
CIE!



¡LAS PONDRÉ EN EL
GALLINERO! ¡MENOS
MAL QUE LLEGUE
OPORTUNA-
MENTE!



¡MUY BONITO!
¡ROBANDO GA-
LLINAS! ¡VEN-
GA USTED
CONMIGO
ANTE EL
JUEZ!



¡LO HE PI-
LLADO RO-
BANDO GA-
LLINAS!

¡MÉTALO EN EL
CALABOZO POR
LADRON!

¡SOY INOCENTE!



"DON AMARO, VÍCTIMA DE UNA
EQUIVOCACIÓN HALLOME PRE-
SO CARCEL DEL PUEBLO!"
¡CARAMBA! PUES LA
LLAVE ME HACE FAL-
TA, TENDREYO QUE
IR A TODA LA VE-
LOCIDAD DE MI
AUTO.

¡UN TELEGRA-
MA DE LUCIO
PARA US-
TED!



¡NOS HEMOS
CAIDO!

¡QUEDAN USTEDES
DETENIDOS POR IR
A VELOCIDAD
EXCESIVA!



¡MARCHABA A MÁS
DE CIENTO KILOME-
TROS POR HORA!

¡AL CALA-
BOZO IN-
MEDIATA-
MENTE!



¡AQUÍ TIENE
USTED LA LLAVE.
SOY INOCENTE.
VALE HERE
FERIDO AL
SEÑOR JUEZ
COMO SU-
CEDIÓ EL
CASO!

¡LUCIO PUEDE MAR-
CHARSE; USTED
PARA QUEDAR LI-
BRE TIENE QUE
PAGAR CIENTO
DÓLARES DE
MULTA!



¡OYE, CHOFER,
CUENTA EN VOZ
ALTA HASTA TRES!

¡BONITO
PISAJE!

¡UNA DOS,
...TRES!



HAY TAQUÍ-
MECANOGRAFA

¡TOME AL DICTADO ESTA
CARTA! "QUERIDA ESPO-
SA: ESTOY EN EL HOTEL
MENGARZ, TUVE UNA
PEQUEÑA CAÍDA POR
UN PRECIPICIO, PERO
EL MÉDICO DICE QUE
NO ES COSA GRAVE!"



ENTRE LOS INDIOS

CUENTO POR E. SALGARI

(Continuación.)

Tom en tierra. Pero la inminencia del peligro infundió al joven héroe un valor desesperado.

Sintiéndose desfallecer, se abrazó al cuello de su cabalgadura, gritando:

—¡Adelante, Morello!

El corcel reanudó su carrera, galopando entre las altas hierbas de la pradera. Había comprendido el inteligente animal adónde quería ir su joven amo, y dirigíase precisamente hacia el río.

Entretanto, el joven Tom notaba que sus fuerzas disminuían y que se le oscurecía la vista. De la herida, no grave, pero sí dolorosa, le manaba la sangre en abundancia.

Los nueve indios, aunque retrasados, continuaban sin descanso la tenaz persecución, esperando ver caer al muchacho de un momento a otro. Seguros de que iba herido, contaban con la debilidad producida por la pérdida de sangre.

—¡Adelante, Morello, adelante! —repetía el pobre joven, abrazándose desesperadamente al cuello del veloz animal.

El río no debía de estar ya muy lejos, cuando de en medio de las altas hierbas sugieron de repente otros tres indios.

Aquellos bribones, como sabían que los hombres estaban a orillas del río, se habían escondido en aquel

lugar para que nadie de la aldea pudiera llegar a advertirlos.

—¡Detente! —gritaron, lanzándose contra Tom.

—¡Estoy perdido! —murmuró éste.

No obstante, probó de nuevo a escapar. Dando vuelta a su caballo, lo lanzó a través de la pradera, tratando de dirigirse hacia un bosque que se delineaba en el horizonte.

De improviso, oyóse un disparo.

El pobre Morello, herido en la cabeza por una bala, se levantó sobre sus patas y cayó de costado, despidiendo a su jinete a diez pasos de distancia.

Afortunadamente, la hierba era tan espesa que amortiguó por completo el golpe, y Tom pudo incorporarse al punto sin la menor contusión.

Pero antes de que hubiera podido empuñar el fusil, los tres indios cayeron sobre él con las hachas en la mano.

—¡Ríndete, jovencito! —le gritó el más viejo de los tres guerreros.

—No tengo con qué defenderme —respondió Tom—. Mi fusil ha quedado debajo del caballo. ¿Qué queréis de mí?

—Ante todo nos dirás adónde te dirigías.





—Iba de caza —respondió Tom.

—¡Mientes, rostro pálido! —dijo el indio, blandiendo amenazador el hacha—. Ibas a avisar a los hombres que buscan oro en las orillas del río.

—Entonces, es inútil que me preguntéis.

—Eres valiente, muchacho.

—Y me precio de ello.

—Ya veremos luego si lo eres tanto —dijo el indio—. Ahora vas a decirnos cuántos hombres defienden el pueblo.

—Hay cincuenta, y bien armados —respondió Tom—. Os aconsejo que no intentéis siquiera asaltarlo.

—¡Ah! ¿Lo creéis así? —dijo el indio con feroz sonrisa—. Ya veremos. Coged a este muchachuelo y llevadlo a la aldea.

Entretanto, habían llegado al grupo los otros nueve indios; Tom fué amarrado de pies y manos, y cargado de través en un caballo, como si fuese un saco de trapos.

Aquellos bribones ni siquiera se tomaron la molestia de restañar la sangre que seguía saliendo de su herida, aunque cada vez en menor cantidad...

Los indios, después de una breve consulta, pusieron los caballos al galope, dirigiéndose hacia el poblado donde estaban las mujeres de los mineros.

El pobre Tom, fuera por la herida, por la incómoda postura o por las violentas sacudidas que le hacía sufrir el galope del caballo, padecía mucho; pero se guardaba bien de lamentarse.

Había que mostrarse fuerte ante aquellos salvajes, y además sabía que si se hubiera presentado a ellos como un cobarde, seguramente le hubiesen matado. Aquellos feroces guerreros desprecian a los hombres que dan muestras de ser medrosos o de poco ánimo. Aun sometidos a las torturas más horribles, hacen gala de un valor extraordinario. Se burlan de sus verdugos, los excitan a redoblar las torturas, insultándolos y llamándolos hombres despreciables porque no saben idear tormentos mayores.

—¡Eres una mujerzuela! increpaba un día un guerrero Siux a otro indio de una tribu enemiga, que le introducía mechas azufradas por debajo de los sobacos—. No sabes arrancar un grito de dolor a un hombre de mi temple.

«Nosotros, a los hombres de tu tribu que caen en nuestras manos, les arrancamos las uñas.»

El verdugo, exasperado, y también por espíritu de venganza, se armó de unas tenazas y le arrancó las uñas.

—¡Estúpido! —respondió el atormentado—. ¿Crees que un guerrero de Siux puede sentir dolor por tan poca cosa? A los de tu tribu les sacamos los ojos, y en su lugar ponemos ascuas encendidas.

El verdugo, no hay que decirlo, se apresuró a hacer otro tanto con el desgraciado prisionero; pero éste no perdió la entereza, a pesar del atroz suplicio.

—¡Cobardel —gritó—. ¡A tu hermano le abrí yo el pecho y le mordí el corazón!

Tom sabía que tenía que habérselas con salvajes de esta especie, y no ignoraba su crueldad; pero trataba de aparecer tranquilo, y aun en ocasiones, cuando se presentaba ocasión, hacía lo posible por mofarse de ellos.

Al cabo de una hora larga, la patrulla llegaba ante el poblado.

(Continuará en el número próximo.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



LO QUE MAS ENVIDIO EN ESTE MUNDO ES
POSEER UNA HERMOSA CABELLERA.
ESTOS CUATRO PELOS ME PONEN EN
RIDICULO EN TODAS PARTES

YAYA! NO SE POR QUE NO
TOMA USTED ALGO PARA
ECHAR PELO



¡ATENCIÓN!
SI QUEREIS TENER
UNA HERMOSA CABELLERA
TOMAD PÍLDORAS PIF

¿ESTÁS OYENDO
CURRINCHE?



TIENE USTED QUE PENSAR QUE YA VA
PARA VIEJO Y QUE SI SE LE CAEN ESOS
CUATRO PELOS NO VA A PODER ECHAR
NI SIQUIERA UNA CANITA ALAIRE

VAMOS POR LAS PÍLDORAS, CU-
RRINCHE Y NO ME HABLES
DE COSAS TAN TRISTÍSIMAS



LLÉVELAS CON TODA CONFIANZA
YO LE RESPONDO CON LA CABEZA
QUE LE CRECERA EL PELO

COMO NO SEA VERDAD, EL QUE LE
VA A DAR PARA EL PELO VOY A
SER YO

SI FALLAN LAS
PILDORITAS VEN
DREMOS CON
UN GARROTE
DE NUDOS
QUE HAY
EN CASA

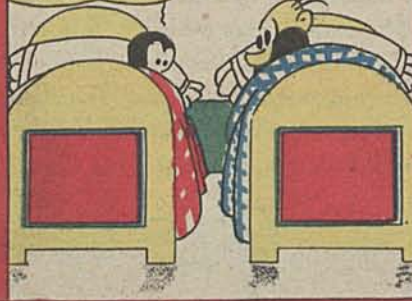


¡QUE "EXAGERAO"! SE ESTÁ
TRAGANDO TODAS LAS PÍLDORAS
DE UNA VEZ, Y LUEGO LE VA A
CRECER UNA MELENA QUE VA
A PARECER UN LEON



AHORA A DORMIR, Y CUANDO DESPER-
TEMOS VOY A TENER UNA MELENA DE
QUERUBIN QUE NO VA A CONOCERME
CURRINCHE

QUE SE CREE USTED
ESO! TIENE USTED
UN LUNAR DETRÁS DE
LA OREJA QUE NO SE
ME DESPINTA



¡¡CURRINCHEEE!! ¿QUE
HA PASADO AQUI?

¡ARREA! LE
HAN CRECIDO
MÁS LOS
CUATRO
PELOS!



NO SE MUEVA QUE SE
LO ESTOY DEJANDO AL PELO.
VA USTED A PARECER UN
POLLITO TIERNO



NO HA QUEDADO DEL TODO MAL
¿VERDAD, SIMPÁ-
TICOS PINOCHIS-
TAS?





DESDICHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO





CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

LAS AVENTURAS DE FLORIDOR

FLORIDOR salió al campo para ganarse la vida como pudiera. Vió una hermosa montaña y dijo: —Subiré a aquella montaña. Y se encaminó hacia ella; pero la montaña se alejaba como si tuviera alas. Encontró un aldeano y le preguntó cómo se llamaba aquel monte.

—Es el monte de la Gloria.

—¿Y está muy lejos? —preguntó Floridor.

El aldeano le miró, soltó una carcajada y siguió su marcha. Floridor quedó avergonzado; pero pasó una mujer y se dirigió a ella.

—Os ruego que me enseñéis el camino que conduce al monte de la Gloria.

La mujer le miró, sonrió y le volvió la espalda; pero Floridor no se descorazonó y siguió su camino.

Encontró un viejo que había caído en una zanja; se detuvo y le ayudó a levantarse. El viejecito le dió las gracias y le dijo:

Joven, si puedo seros útil en algo, decidmelo.

—Quisiera subir al monte de la Gloria; y si me enseñaseis el camino, os quedaria reconocido.

—¡Muchacho! —contestó el viejo.— Es mejor que te quites de la cabeza semejante idea. ¿Sabes a cuántos peligros te expones?

—No temo los peligros.

—Pero, ¿sabes cuántos cadáveres yacen en las faldas de esa montaña? Aquellas rocas que parecen de diamantes están formadas de lágrimas; sus entrañas son corazones heridos y ensangrentados. Muchos aspiran a subir, pocos se arriesgan, y llegan rendidos; vuélvete atrás.

—No; quiero subir. Enseñadme el camino.

—Hay dos para llegar —dijo el viejo—. En uno de ellos dice: «Valor y constancia»; en el otro: «Ingenio y trabajo». ¿Cuál prefieres?

—No soy un genio, pero soy animoso; opto por el primero.

—Bueno; en la primera ciudad que halles, hazte soldado; acuérdate de que es preciso valor y resistir todas las tentaciones. Cualquiera que sea el éxito de tu empresa, ven a buscarme, que siempre te podré dar un

buen consejo. Ahí va ese librito; cuando te halles desalentado, abre sus páginas y servirán para consolarte. Allí, al fin del bosque, vivo; soy Conradino.

—¡Cómo! ¿Sois el famoso general?

—Me llamo como él. Adiós, y buena suerte.

El joven se puso en marcha; anduvo siete días, descansando poco y comiendo pan solo. Vio a lo lejos una ciudad, donde entró, y oyendo hablar de guerra, acudió prontamente a alistarse.

El ejército se hallaba reunido cuando llegó la princesa Rosalba en un coche a saludar a las tropas y entregarles su bandera.

Sonaron las cornetas, y las tropas se pusieron en marcha. El enemigo resolvió atacarlos en campo abierto.

La lucha duró tres días, al cabo de los cuales venció el ejército de que formaba parte Floridor.

El cual, que se había portado como un valiente, se ofreció a llevar al rey la nueva de la victoria; hacíase cuenta de ver a la bella princesa y tener tiempo de volver a combatir, pues la victoria no había sido decisiva y final.

Montó a caballo y al día siguiente llegó a la ciudad. El rey le recibió en la sala del trono, teniendo al lado a su hija. Floridor, cuando la vió, quedóse sin poder dar un paso.

Al fin cobró ánimo y refirió el triunfo del ejército. Al oír su narración, un grito de alegría resonó por toda la sala, y la princesa dió un anillo de bri-

llantes a Floridor, como premio de tan fausta noticia.

Floridor quería besar la mano de la princesa, pero se contentó con decir:

—Dadme, señor, licencia para volver al campo, que no debo estar aquí mientras mis compañeros se batan.

—Sois un valeroso joven —exclamó el rey.

Floridor se volvió hacia la princesa, la contempló un instante, y, al separarse de ella, sintió que una lágrima se desprendía de sus ojos.

Pocas leguas había andado de camino cuando vió que el ejército volvía vencedor y esta vez con la guerra terminada. Era demasiado tarde para lograr sus aspiraciones. Triste por esto, se dirigió a casa de Conradino.

El viejo trataba de consolarle.

—Tal vez hubieras podido perecer en la lucha —le decía.





—Habría sido mejor que hallarme ahora en el punto de partida.

—Y te hallarás en él varias veces. ¿No te he dicho que el camino de

la Gloria está lleno de desengaños?

—No; aquel monte me llama; quiero subir a él; emprenderé otro camino.

—Recuerda que ése es el más espinoso y el más largo.

—No importa, lo intentaré.

Y así lo hizo; pero se encontró tres sendas para la fatal montaña: una era el camino de las Artes, otra, el de las Ciencias, la tercera, el de las Letras. Una senda era oscura; la otra, florida, pero entre las flores se veían resbalar venenosos reptiles; de la tercera partía una melodía suave. Floridor se sintió arrastrado por las notas melodiosas y entró en aquel camino.

Anduvo siguiendo esta senda, pero se acercó la noche y no halló asilo; se sintió desfallecer de hambre; a medida que se internaba cerrábase el camino tras él, quitándole la esperanza de salir.

Le pareció que aquella música, que continuaba sonando, quería en cierto modo burlarse de él.

Abrió el librito y leyó:

«Cuando se ha tomado un camino nunca se debe volver atrás: *adelante*, es la divisa de los valientes; *atrás*, la de los cobardes.»

Prosiguió su camino y vió un palacio iluminado de donde salía la suave música. Vió en él muchas habitaciones, pero no hallaba un ser viviente; delante de un espejo vió jóvenes en actitudes diferentes. Eran escultores, pintores, músicos, que, mirando a lo alto, buscaban la inspiración; más en el instante de fijarla sobre la tela, en el yeso, o de convertirla en armonía, se desalentaban, entregándose a la desesperación; quien rasgaba el lienzo, cuál otro tiraba al suelo la estatua, el de más allá rompía las cuerdas del músico instrumento.

Floridor continuó por las salas del palacio, pero ni hallaba personas ni qué comer, y sentía necesidad, por lo que pensó dedicarse al arte para subir a la montaña.

Su mano cogió un pincel e intentó pintar; mas, si copiaba un árbol en el lienzo, se convertía en escoba; si dibujaba una cabeza, resultaban los ojos fuera de su sitio, y los labios eran serruchos. Hizo lo que había visto hacer en el espejo, rompió la tela y tiró los pinceles. Probó a tocar un instrumento y produjo sonidos tan ruidosos, que el palacio se estremeció de alto a bajo; lloró hasta quedarse dormido. Al



despertar se halló al extremo del bosque. Abrió otra vez el librito y leyó:

«El camino de la Gloria está sembrado de paciencia.»

Echó de nuevo a andar y se le presentó una joven que le dijo:

—Me llaman Fantasia: soy un hada, y sin mí no se llega por este sendero al monte de la Gloria.

Luego le condujo a un castillo donde vió estantes de libros. Floridor abrió uno y se puso a estudiar. Al principio se aburría. Cuando se juzgó erudito, se puso a escribir; viéndose obligado a llamar en su ayuda a la Fantasia, vino ésta y pronto terminó su abultado libro.

—Ahora marchemos —le dijo, el hada—. En el monte hallaréis los dispensadores de la fama, a los que llevaréis dones, si os han de ayudar a subir.

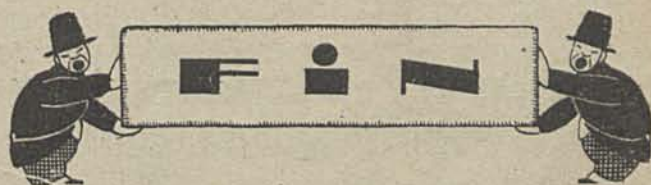
Floridor llenó un saco de frutas, flores, mariposas y pajarillos.

El camino para subir al monte era resbaladizo; avanzaba un paso y retrocedía tres; cuando subió un poco vió muchas caras con la boca abierta, y echaba en las bocas flores, frutas y de las otras cosas recogidas en el camino. Algunas bocas lanzaban el nombre de Floridor a los cuatro vientos; otras decían que no era digno de subir al monte.

Subía trepando con manos y pies; pero no bastaba para llegar a la cumbre.

Desesperado se bajó y encerró otra vez en el castillo; comenzó a hacer nuevos estudios, y estaba dedicado por completo a su trabajo cuando vino a su poder una carta diciéndole que su madre estaba enferma y quería verle antes de morir.

Como buen hijo, quería ver a su madre; pero temía que otros se apoderasen de sus ideas y llegaran antes que él; mas el amor filial le venció; su madre le bendijo antes de morir, y alcanzó la recompensa subiendo al fin al monte de la Gloria.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón, ¿de qué quieres que hablemos hoy?
—Hoy quiero que me hables del bananero y de su fruto, el plátano o banana.

—Te gusta, ¿verdad?

—Muchísimo. Y tanto me agrada el sabor como el olor. ¡Qué aroma tan delicioso!

—También lo encuentro exquisito. Hablaremos, pues, del plátano. Quiero antes de nada decirte que el país que más y mejores plátanos produce es América; pero los primeros plátanos que entraron en aquel país fueron importados de Canarias. El plátano es un árbol que crece hasta una altura de once metros. Su tronco es recto, redondo y sin ramas en la parte baja. Aun cuando su cultivo es propio de los valles de Méjico, Brasil, Cuba, Jamaica y otros países americanos, puede también efectuarse con éxito en regiones de cálida temperatura.

—¿No hay también plátanos en España?

—Ya lo creo que los hay. En todo el litoral del Mediterráneo abunda. Pero donde constituye una verdadera industria, por la gran cantidad de su producción, es en Canarias.

—¿Da muchos plátanos cada árbol?

—Muchos. Es un árbol de los más fructíferos que se conocen, hasta el punto de que la recolección de sus frutos dura casi todo el año. En ciertos países, como Costa Rica y Jamaica, constituye la industria del plátano el medio de vida de millares y millares de obreros y obreras encargados de su recolección, transporte y envase.

—Los tendrán que exportar verdes, porque yo he visto que un plátano en cuanto está maduro hay que comérselo, porque de otro modo se pudre.

—Los racimos se cortan verdes y se exportan en vagones que son ventilados mediante corrientes de aire frío que conservan mejor el fruto. Este, como es tan sabroso y alimenticio, tiene muchos enemigos en el campo. Pájaros, hormigas, ratas y ratones hacen verdaderos estragos, y por la noche los murciélagos y una oruga tan gruesa como un dedo se dan verdaderos banquetes de plátanos.

—Dichosos ellos.

—No seas glotón, Chononcito. El plátano tiene multitud de aplicaciones. Con él se hacen sorbetes, dulces, confituras y turrónes, todo ello de gusto exquisito.

—Conformes.

—También se obtienen del plátano esencias para la fabricación de bebidas y licores. Uno de estos se obtiene reduciendo a pasta la carne del plátano y poniéndola en infusión con aguardiente; luego se destila y sale un licor aromático riquísimo.

—Veo, querido buho, que te relames el pico. Me parece que eres tan glotón como yo, pero sabes disimularlo.

—En Cuba, la patria de Currinche, los plátanos sustituyen a las patatas y se comen fritos y en guisados, constituyendo un alimento agradable y muy digestivo.

—Como que lo mandan a los enfermos.

—Ciertamente. Del plátano se saca una harina dulce que es inmejorable alimento para los individuos débiles o para los enfermos y convalecientes. También el tronco es aprovechable en el árbol del plátano.

—¿Para comer?

Que no seas glotón te he dicho. Disimula, Chononcito, disimula. Los troncos son aprovechables por su carnosidad para alimento de animales, por su azúcar y por el almidón, que contienen en grandes proporciones. Además, es también aprovechable la fibra para la industria textil.

Veo que no tiene desperdicio. Un platanal debe de ser una mina de inmensa riqueza.

—Nada se desperdicia en el plátano. Las hojas sirven para envolver y embalar plantas y para hacer techumbres de cabañas, pues como son muy fibrosas y contienen mucho tanino tardan mucho tiempo en descomponerse y resisten muy bien la intemperie.

—¿Hay algo más que pueda aprovecharse?

—Sí, señor; la savia que fluye del tronco es excelente materia para curtir y teñir. Cuando se separan del tronco las ramas o las hojas queda el cuchillo o instrumento que se utilice manchado de este tinte y cuesta gran trabajo limpiarlo.

—¿Has acabado ya?

—Todavía no; este líquido que tanto tiñe tiene también aplicaciones medicinales. Es un poderoso astringente.

—No sé qué es eso, amigo buho. En medicina estoy atrasadillo. No conozco, por desgracia, más que el ricino, y créeme que tengo un verdadero disgusto en conocerlo.

—Los astringentes son medicamentos que se emplean para contraer las partes a que se aplican. Las hemorragias o derrames de sangre se curan con astringentes. Y disolviendo esta savia en agua azucarada se utiliza como poderoso calmante de algunos dolores.

—No me has dejado del plátano ni una sola parte que pueda tirarse. Todo es aprovechable; todo es útil. Tanto me has ponderado la riqueza de su producción, que siento deseos de sembrar un plátano a ver si nace un árbol que sea el principio de una fortuna. ¿Qué te parece?

Nada conseguirías, querido Chonón. El plátano no se reproduce sembrando su fruto, sino por medio de renuevos o hijuelos que brotan alrededor del banano madre y por las yemas que nacen junto a la base del árbol.

—¿Y tarda mucho en salir el nuevo árbol después de plantadas las yemas?

—Unos seis meses nada más, y de cada planta nacen hasta nueve retoños.

—Muy bien, amigo buho. Después de tu charla sobre tema tan goloso se impone que nos comamos media docenita de plátanos entre los dos. Quedas invitado.

—Aceptado el convite. Vamos allá.



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

S. Miguel y Gispert. — ¡Qué bonito es tu cuento y qué bien lo ha escrito tu pluma! Además, la moraleja que de él se desprende es una verdad como un templo. Más de cuatro, entre los que quizás Tin y Ton no estén excluidos, podrían aplicársela para que les sirviera de enseñanza. Mándame más cosas. Tuyo incondicional.

Alvaro Castro López. — Te digo exactamente lo mismo que a otros pinochistas que como tú han olvidado mi constante recomendación de que no me enviéis dibujos hechos a lápiz porque no pueden reproducirse. Tú, que los haces tan perfectamente bien, sabrás corregir tu olvido y harás con tinta lo que tan deliciosamente has dibujado con lápiz, ¿verdad, simpático Alvarito? Tuyo.

Tomasín Larramuru. — Es muy bonito tu cuento, y lo publicaría si no fuese por un pequeño lunar que lo estropea, sin que tú quizás te hayas dado cuenta de ello. Me refiero a la tortura a que sometes al pobre perrito de Ana María por el hecho de haberse comido el alimento de su amiga. Un castigo como tenerle encerrado, o privarle de comida un día, o algo proporcionado al

delito cometido no le estaría mal empleado; pero eso de emparedarlo vivo no me parece bien de ningún modo. Si tú me autorizas serviré con mucho gusto de mediador entre tu severidad y la ignorancia del perrito. ¿Te parece bien? De esta forma quedará el cuento en condiciones de ir a las columnas de mi revista. Te abraza tu incondicional.

Joaquín Requena. — Ni un solo momento has debido dudar que tu precioso dibujo está en magníficas condiciones para publicarlo en mi revista. Que conste que es formidable. Abrazos apretadísimos.

Pinocha

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MAYO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Casa de campo de Pirula.
B. BUSTOS.



Mi casita de campo.
MARÍA TEPELA LACROIX.



La casa de mi hermana.
ANGELES GÓMEZ.



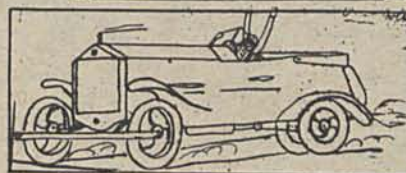
Pirula.
MARÍA JESÚS GARCÍA.



« Currinche, Pinocho y Laura. »
OSWALDO HARO.



Cubista.
LUIS VIDAL RIBAS.



Pinocho, campeón.
OSCAR COLLADO.



A Pirula se le ha caído la comida.
LUCÍA JORDÁN.



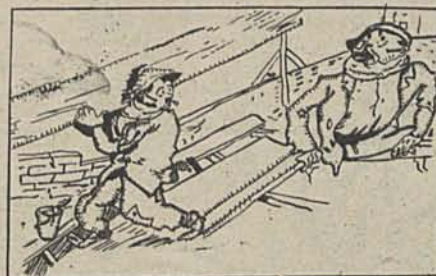
Domando caballos.
MANUEL DE LA VEGA.



Una bailarina.
CONCHA DE GRANDES.



Mesa revuelta.
C. MOLINA.



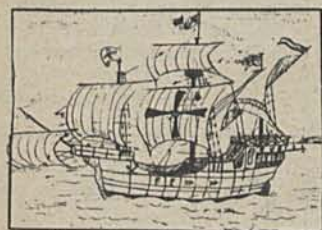
—Ya podías echarme una mano, ¡so pasmao!
—Es que yo los tablones los agarro por la noche.
NICOLÁS MENÉNDEZ.



Un alcalde bajo maza.
FRANCISCO GARCÍA.



El fantasma del Louvre y Morroguis.
MIGUEL LLÁCER.



La carabela Santa María.
CARLOS LEÓN.



Un mosquetero.
NEMESIO QUINTANA.



S. M. negra.
ROMÁN JUGO



Un felino.
R. LÓPEZ.



Y sonó la flauta por casualidad.
JOSÉ GONZÁLEZ SCHNEIDER.



Pasando por el aro.
JORGE V. RADAELLI.



Un tigre.
JOSÉ CATALÁN.



Don Quijote y Sancho.
ANDRESITO RUIZ DE LA ROSA.



Pinocho.
CARLOS ZAPATERO.



Tin y Ton.
JUANITO GISBERT.



Mi canario.
ENCARNITA ROYO.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS VALIENTES



Esto que os voy a contar ocurrió una vez en una estación veraniega. Fué en unos hotelitos que había en las afueras de un pueblo en que yo vivía. Cuentan que por la noche se oían ruidos extraños en aquellos hoteles, y sus moradores eran tan *valientes* que salían todos al campo *a ver si cogían* a los promotores de los ruidos. Una noche sorprendí a mis vecinos escondidos entre los árboles. Fui a los hoteles y observé que los ruidos los hacían unos enormes gatos que se dedicaban a cazar ratones. Cuando se lo dije a mis *valientes* vecinos se marcharon del pueblo avergonzados. Este dibujo representa el momento en que yo les sorprendí entre los árboles. Eran 12. ¿Dónde están?



LAS ESTRELLAS

Trazar cuatro líneas de modo que formen diez departamentos: uno para cada estrella.

DIBUJO CON ERRORES

Cinco errores hay en este dibujo. Cada error se halla en un niño. ¿Cuáles son?



SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE NOVIEMBRE

NÚMEROS 142, 143, 144 Y 145

EL NAUFRAGIO



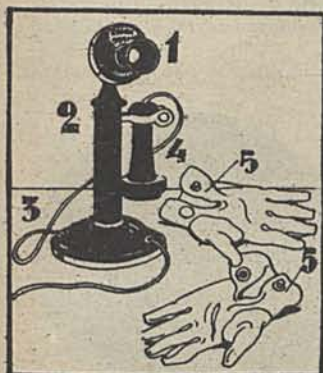
EL GRAN SUSTO



EL PERRO QUE SE AVERGONZÓ DE SUS SE- MEJANTES



DIBUJOS CON ERRORES



1. La boquilla del teléfono sin rejilla.—2. El auricular al otro lado.—3. El cable mal colocado.—4. El cable del auricular interrumpido, y 5. Los botones de los guantes mal puestos.



1. Faltan los muelles del mango.—2. Falta la cabeza del mango.—3. El sacclavos muy separado.—4. Falta agujero al agarrador.—5. Los dientes al revés.—6. La hoja al revés del mango, y 7. La cabeza no coincide con el mango.

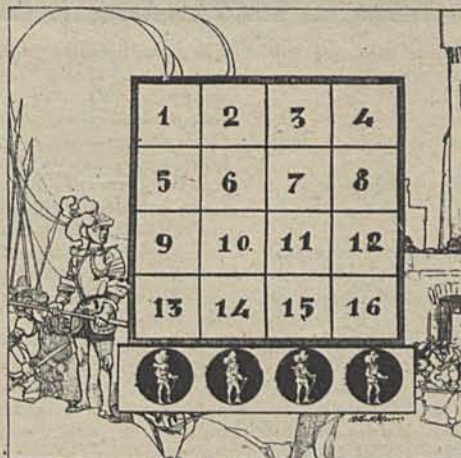


1. El sujetador del niño torcido.—2. Faltan los radios de la rueda.—3. Falta un ojo a la muñeca.—4. La capota muy hacia atrás.—5. Falta un radio a la rueda, y 6. Falta una media.

ROMPECABEZAS

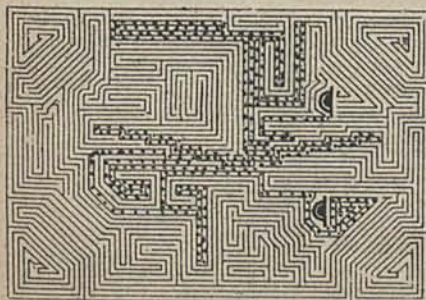


EL CUADRO DE LOS CABALLEROS



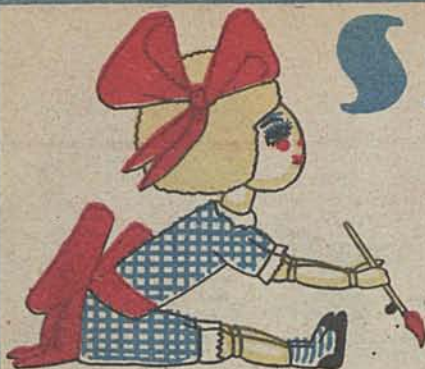
Numerados los cuadros de esta forma, he aquí las siete combinaciones: 1.ª, 1-6-11 y 12; 2.ª, 1-6-15 y 12; 3.ª, 1-10-7 y 16; 4.ª, 1-14-11 y 8; 5.ª, 5-2-15 y 12; 6.ª, 5-3-14 y 12, y 7.ª, 1-10-15 y 8.

EN LA CHARCA



SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PI- RULA... BORDA- DORA



pastorcita está pensativa. Ella era feliz, hasta que su vecina, la «baby» de trapo, la más elegante inquilina del armario de juguetes, le aconsejó que se casara. De este consejo provienen todas las preocupaciones de la pastora.

¿Casarse? ¿Con quién? ¡Oh! No es que le faltén los pretendientes, no. ¡Es tan mona la pastorcita de madera, con su talle fino y sus dulces ojitos azules! Pero esos pretendientes, ¡ay!, no la convienen.

El primero en presentarse ha sido el generalísimo de los soldadi-

La pastora y sus pretendientes.—En su caja de cartón encarnado, entre sus seis ovejitas blancas, sus dos árboles de madera y su casita de cartón color crema, la linda

—¿Y mis ovejitas? ¿Qué haremos con ellas?

El señor Polichinela ha lanzado una carcajada al contestar:

—En el primer banquete de gala que ofrezamos en nuestro castillo, se las serviremos a los invitados con salsa mayonesa y unas hojitas de laurel.

La pastora, indignada, le ha vuelto la espalda y se ha ido a llorar junto a su segundo arbolito de madera. El tercer pretendiente ha sido el lánguido y pálido Pierrot, un joven de ojos inmensos, piernas y brazos desmesurados que, vestido de gasas violetas, mora entre los mullidos cojines de un ancho diván. La pastorcita, al verle, ha bajado tímidamente la cabeza y él la ha susurrado:

—Cásate conmigo, pastora, y estarás siempre distraída; me pasaré los días a tus pies recitando versos, cantándote romanzas y tocando sonatinas en mi mandolina.

Y la pastorcita, con las manos metidas en los bolsillos de su delantal, le ha preguntado:

—¿Y mis ovejitas? ¿Qué haremos con ellas?

El Pierrot ha exclamado con un gesto de desdén:

—¡Uy! ¡Qué cursilería! Las dejaremos en el corral y no nos volveremos a ocupar de ellas.

Entonces la pastorcita le ha vuelto la espalda y se ha ido a llorar



tos de plomo, un magnífico militar con mostachos erizados que monta un caballito brioso, erguido sobre una peana verde.

Al verle acercarse, la pastorcita se ha ruborizado.

—Cásate conmigo, pastora —ha dicho el general—, y serás gloriosa; mis soldados te rendirán los máximos honores y yo te dedicaré todas mis victorias.

Y la pastorcita, enrollando entre sus dedos la punta izquierda de su delantal, ha preguntado:

—¿Y mis ovejitas? ¿Qué haremos con ellas?

El terrible general ha contestado blandiendo su sable plateado:

—¡Las mataremos!

Entonces la pastora, asustada, le ha vuelto la espalda y se ha ido a llorar al pie de uno de sus arbolitos de madera.

A poco se ha presentado el señor Polichinela, el más rico de todos los juguetes; viste un traje de raso rosa con galones dorados y posee un arcón lleno de fichas de cobre que relucen más que el sol.

La pastorcita, deslumbrada ante tanto lujo, ha hecho una graciosa reverencia; y el señor Polichinela, inclinándose ante ella su doble joroba, le ha hablado así:

—Cásate conmigo, pastora, y serás rica; vivirás en mi castillo de naipes; cambiaré tu delantal por un vestido de terciopelo y tu gorrito de aldeana por un sombrero de plumas.

La pastorcita, retorciendo entre sus dedos la punta derecha de su delantal, ha preguntado:

a la guardilla de su casa de cartón color crema. Y ya no se presentaba ningún otro pretendiente, y ya la pastora renunciaba a sus ilusiones de boda, cuando hizo su aparición en el armario de los juguetes una caja de cartón azul semejante a la suya encarnada; y dentro había también seis ovejitas, y una casa de cartón crema, y dos arbolitos de madera. Pero en lugar de una pastora había... un pastor. Y un buen día (mejor dicho, una buena noche) el pastor va a visitar a su vecina la pastora, que le mira llegar, sonriendo, y le dice:

—Cásate conmigo, pastora, y serás feliz.

Y la pastora pregunta, tendiéndole ya una mano:

—¿Y mis ovejitas? ¿Qué será de ellas?

—Tus ovejitas y mis ovejitas —contesta el pastor— las cuidaremos juntos.

Y la pastorcita, satisfecha y risueña, le tiende esta vez las dos manos. Y se casan y tienen entre los dos doce ovejitas, dos casas de cartón y cuatro arbolitos de madera. Yo hubiera deseado que conocierais toda esta interesante familia; pero por falta de espacio me contentaré con presentaros a la pastora con sus dos árboles y una muestra de su rebaño. Y de paso que trabajáis conocimiento con ella, podéis, si os gusta, reproducirla, bordada a punto de cadeneta y a punto de zurcido. La franja que hay en la parte inferior se borda a punto de festón, y a ser posible en color verde, ya que representa —o por lo menos pretende representar— la hierba.

